

E. MIRET MAGDA LENA

HE estado unos días en Suiza—concretamente en Zurich— dando conferencias y celebrando una convivencia con un numeroso grupo de matrimonios.

Los problemas morales y religiosos de actualidad fueron objeto de mis intervenciones en la Casa del Pueblo, en la Misión Española y en los salones de una moderna parroquia. El aborto, la contracepción, la crisis religiosa en el mundo actual y la revolución familiar fueron el apretado programa de estos días intensos no sólo de conferencias, sino de coloquios, conversaciones y consultas. Un mundo de inquietud social y humana se traslucía claramente en estos hombres y mujeres de carne y hueso que viven alejados de su suelo natal por muchas y variadas causas: el problema económico, el afán de mejorar, el deseo de abrirse a otros mundos o las divergencias ideológicas son algunas de las causas de este alejamiento.

El extenso mundo español—120.000 emigrantes en Suiza— está dividido entre creyentes e increyentes, o mejor, entre católicos y alejados o apartados de una Iglesia que les ha decepcionado después de haber vivido dentro de ella muchos años de ilusión.

Dirigentes y promotores de los movimientos obreros católicos—JOC y HOAC— no quieren saber nada de sus antiguas actividades, porque después de un período de entusiasmo han quedado defraudados de esa gran institución clerical que les parece más un grupo de poder dominador (económico y político de carácter conservador) que un movimiento abierto y ejemplar de cara al mundo. Allí me recordaron estos emigrantes el dinero del Vaticano, sus inversiones económicas de dudoso cariz evangélico, su poder de influencia para paralizar los avances culturales o sociales, a pesar de las palabras semicomprometidas de algunos líderes espirituales dentro del clero. Pero no veían muchos de ellos una radical ruptura con lo que supone una rémora, una convivencia conformista o un nadar entre dos aguas.

Es cierto que hay pequeños núcleos—más en Alemania que en Suiza— de cristianos por el socialismo, que se encuentran en muy distinta postura, y no se diferencian apenas en su responsabilidad humana de otros compañeros que perdieron la fe católica tradicional (y que yo llamaría más bien "conservadora").

Si estos inconformistas no se acoplan a nuestra Iglesia española, tampoco se sienten atraídos por la organizada y eficiente Iglesia suiza.

Hay en Suiza una Iglesia católica "sui generis". Más que católica—universal— es "nacional". Sus características son parecidas a las que tiene la política del "establishment" en aquel país. Existe allí una organización laical de la Iglesia que es muy democrática, pero sus efectivos no son jóvenes, y por eso queda marcada por el tono socialmente conservador de los maduros. En el

Norte es muy semejante a la alemana, con su eficiente profesionalización, medios económicos desahogados y sin grandes inquietudes intelectuales. No obstante, se ha dado un fuerte paso adelante con el Sinodo popular de la Iglesia católica en Suiza. Los grupos de trabajo y asambleas generales han conseguido plantear, al menos en el papel, unos nuevos esquemas que ojalá se conviertan en eficaces tendencias renovadoras del anquilosamiento y comodidades eclesísticas.

La Kirche-Gemeinde, la comunidad seglar, dirige y controla la administración económica de la Iglesia. La Kirche-Pflege es el comité ejecutivo de la comunidad. Y los Consejos Pastorales encauzan la actividad eclesial. En muchas diócesis se eligen los párrocos democráticamente: todos los fieles intervienen en la elección, como ocurrió durante muchos siglos en la Iglesia católica de los primeros tiempos. Y los obispos son propuestos por medio de una terna selecciona-

CON LOS EMIGRANTES EN SUIZA

da democráticamente. Incluso hay una diócesis que directamente elige al obispo sin más trámite controlador del Vaticano.

El único defecto es que la democracia, cuando el pueblo es conservador, paraliza la renovación y la dinámica de los tiempos. Y el pueblo católico que practica es allí demasiado conservador todavía en muchas cosas.

Al famoso padre Pfürtnert, un dominico en punta que fue expulsado por sus ideas de la Universidad de Friburgo, que está controlada por la Iglesia, le han prohibido los seglares de una parroquia de Lucerna el texto que preparó de una homilía abierta y profunda para el Jueves Santo y que el párroco le había solicitado.

Nuestros capellanes de emigrantes viven en un mundo difícil: por un lado, en esta Iglesia muy cerrada en sí misma y con muchos intereses creados, y por otro, la situación desgarrada, intelectual o práctica de muchos emigrantes. Procuran hacer lo que pueden, pero en ellos mismos se producen fuertes crisis por reacción, que les inducen a abandonar el sacerdocio. De treinta capellanes que hay, cada año abandonan el sacerdocio cinco. Yo estuve conviniendo con varios de ellos, religiosos de Claret, que me produjeron una excelente impresión religiosa y humana.

La situación del emigrante cada vez se hace más difícil: a la trágica soledad en ese ambiente tan distinto se une la dificultad del idioma alemán, que, a pesar de los

años, no llega a dominar, las costumbres diferentes y esa difusa situación de inferioridad que se palpa en el ambiente. Y, por si este racismo suizo discriminador fuera poco, ahora incide sobre ellos la crisis económica del país. Cada día se ve mayor número de obreros suizos despedidos, y esto crea un malestar grande: estos desocupados querían cubrir los puestos más ventajosos que ocupan algunos emigrantes que se han abierto camino en el país y pretenden que sólo quede el "temporero", que está relativamente mal pagado, no tiene derechos, vive pobremente en barracones y no puede traer a su familia para vivir con el calor de un hogar.

Según me dicen, allí hay dos grandes fuerzas que todo lo influyen: el capitalismo y el Vaticano. Esto segundo semeja raro, pero al parecer, según estas noticias, ejerce un poder indirecto fuerte a través de ese pueblo conservador y de los capitales eclesásticos que detentan los Bancos suizos. Sería muy interesante un análisis preciso de este punto para comprobar al detalle estas afirmaciones que oigo.

El emigrante practica regularmente poco—un 10 por 100, aproximadamente—, pero bastante más que en España. Sin duda, factores sentimentales de añoranza patria son decisivos en algunos casos de práctica religiosa, y la boda o el bautizo es una de estas ocasiones, que los capellanes aprovechan para producir una mayor conciencia religiosa cristiana, no siempre con éxito.

Después de los italianos—medio millón— es el español el grupo más numeroso, con buen cartel entre la industria suiza, por su laboriosidad y seriedad en el trabajo. El punto más importante y positivo de su estancia allí es el interés del Estado por la educación escolar de los hijos: en eso sí tienen todas las facilidades, tanto para aprender el idioma, que ellos captan con rapidez a esa tierna edad, como para adquirir una cultura moderna y abierta, aunque dentro de una estricta disciplina colegial. El autodomnio, el orden y la parca expresión de los sentimientos son las cualidades que, con gran eficacia, inculcan a los niños españoles en el período escolar. Detalles que frecuentemente chocan a unos padres meridionales, como son muchos de los españoles que allí trabajan.

La democracia y la libertad recuerdan mucho a la de los ciudadanos griegos en la ciudad antigua: solo existe fundamentalmente para los privilegiados, y dentro de una estricta y severa disciplina exterior, por más que en el terreno de algunas costumbres sexuales sean más tolerantes que nosotros. En lo demás, en cambio, el orden lo domina todo en la casa, en la calle, en las reuniones y hasta en las protestas políticas o sociales, sólo consentidas con peso y medida.

Yo, como cristiano abierto y crítico, me sentí a veces más a gusto entre los apartados de la Iglesia que entre los católicos estrictos. Señal de que amanece una nueva era: la de la fe básica en el impulso humano creador, que debe ser la base de la honradez humana del no-creyente y de la honradez cristiana del creyente. ■